

«SIEMPRE HEMOS BUSCADO SALVADORES»

Con *El pasajero de Truman*, novela de Francisco Suniaga, el caso de Diógenes Escalante entra en la literatura venezolana.

La demencia, aparentemente repentina, del diplomático tachirense que debería haberse convertido en el sucesor de Medina Angarita constituye un drama que dice muchas cosas sobre asuntos complejos y apasionantes de la vida individual y los procesos sociales.

EN 1945, Venezuela vivía un proceso de cambio social intenso. Nuevos actores buscaban una mayor democratización de las estructuras de poder. El conflicto político se agudizaba y ello alimentó en algunos la idea de la conveniencia de contar con un candidato de amplio acuerdo, para conjurar temores. Así emergió la candidatura de Diógenes Escalante, un venezolano con una destacada carrera diplomática, residiendo en el exterior desde hacía muchos años. Escalante regresó al país en agosto de aquel año, pero en corto tiempo se hizo patente su desquiciamiento. Y de repente, como un viento que inesperadamente cambia de dirección, ocurrió el golpe de Estado contra el gobierno de Medina Angarita.

Hoy, más de cincuenta años después, Ramón Piñango, Virgilio Armas Acosta y Rafael Jiménez Moreno, de *Debates IESA*, conversaron con el escritor Francisco Suniaga, para indagar acerca de la experiencia humana y literaria que implicó la recreación de los últimos días de lucidez de uno de los héroes frustrados más curiosos que ha tenido Venezuela.

Debates IESA: Acabas de publicar una novela con el llamativo título de *El pasajero de Truman*. ¿Quién era Truman y quién el pasajero?

Francisco Suniaga: Truman era Harry S. Truman, el trigésimo tercer presidente de Estados Unidos, y el pasajero era Diógenes Escalante, el presidente que nunca fue de Venezuela. Ellos eran amigos personales. Llegaron a Washington más o menos en la misma época: en 1936. Truman lo hizo como senador por Missouri. En sus inicios fue un político vinculado a grupos económicos locales implicados en negocios turbios, aunque él particularmente era un hombre de una honradez nunca cuestionada. Fue también un líder malhablado; el único presidente del siglo XX de Estados Unidos que no fue a la universidad. No pertenecía a la élite educada de Nueva Inglaterra, que tradicionalmente había venido determinando la vida política de la nación. Harry Truman logra acceder de manera sorprendente al ticket demócrata, es decir, a la fórmula electoral de su



partido. Su nombre es seleccionado para ocupar la vicepresidencia en una situación donde la última palabra la tenía Franklin Delano Roosevelt.

Todo aquello en medio de una reforma constitucional para prohibir la posibilidad de la reelección indefinida o continua. Ya Roosevelt había ganado cuatro elecciones consecutivas y para algunos sectores aquello parecía un amago de monarquía que colocaba en peligro a la democracia de ese país.

Exactamente. Ahora bien, entre el 20 de enero de 1945, fecha de la juramentación presidencial, y el 12 de abril de ese año, día en el que muere Roosevelt, Truman sólo se había reunido tres veces con su jefe, y lo que él le había encargado era las relaciones con el Congreso. Truman conocía muy bien el Congreso, porque ya estaba en su tercer período. Tuvo una carrera exitosa como parlamentario. Fue muy eficaz y tenía su gran capacidad de trabajo. Cuando es electo vicepresidente, claro, encabeza el Senado.

Cuando completa el período constitucional del fallecido Roosevelt, Truman aspira, no a la reelección presidencial, sino a su primer período como jefe del Estado. Daban por descontada su derrota; tanto, que se produjo el famoso titular del diario *Chicago Tribune*, «Dewey derrota a Truman»; muchos recuerdan una foto de Truman muerto de la risa enseñando el periódico. Que dicho sea de paso, fue la primera vez que las encuestadoras fallaron, debido al sesgo metodológico en que habían incurrido por haber efectuado sondeos por vía telefónica. Cuando le preguntaron a Truman qué le daría a sus adversarios dio una respuesta que se transformaría en una consigna muy célebre: «Give'em hell» (en criollo diríamos «los mandaré al carajo»). Desde el punto de vista psicológico, Truman constituye una personalidad muy interesante.

Por su parte, cuando Diógenes Escalante llega a Washington, venía de vivir una experiencia fallida en Venezuela como ministro del Interior del primer gabinete de Eleazar López Contreras. La infortunada vivencia te-

nía cierta lógica. De hecho, durante mi investigación siempre me preguntaba por qué lo habían nombrado ministro del Interior. Y digo esto porque Escalante había estado en el exterior desde 1916, y ya desde 1922 con el cargo de embajador en Inglaterra.

En 1935, cuando muere Juan Vicente Gómez, Escalante regresa a Venezuela y es llamado a participar en el gobierno de López Contreras. Cuando es nombrado ministro del Interior tenía cerca de veinte años en el extranjero. Lo lógico hubiese sido, en este caso, designarlo ministro de Relaciones Exteriores. Y aunque la política es elástica, no lo es tanto. El ex embajador sólo logra mantenerse tres meses en su nuevo cargo; luego sería designado ministro de la Secretaría de la Presidencia. Pasados tres meses vuelve al exterior como embajador de Venezuela en Estados Unidos.

Desconozco los detalles del primer encuentro entre Truman y Escalante, pero el caso es que desarrollaron una buena amistad, y tuvieron entre ellos una correspondencia bastante copiosa. En Estados Unidos siete ciudades llevan por nombre Bolívar; la más grande de ellas es la que se encuentra en Missouri. Seguramente por eso, el senador Truman y el embajador venezolano comenzaron a trabajar en un proyecto conjunto para colocar un busto del Libertador, busto que, por lo que ocurrió con Escalante, terminó siendo develada por Rómulo Gallegos en ocasión de su visita presidencial a Estados Unidos en 1948.

¿Y por qué *El pasajero de Truman* como título de tu novela?

Porque Escalante terminó siendo un pasajero de Truman. Es historia que Harry Truman le mandó un avión en 1945 para que regresara a Estados Unidos a someterse a un tratamiento médico. Incluso, lo interna en el Hospital Walter Reed de Washington, hospital del Ejército, donde Truman se trataba, por ser veterano de guerra. Era una amistad que estaba

por encima de los protocolos de Estado. Y no es usual que pase algo como esto. El presidente de Estados Unidos no se encarga normalmente de estas cosas. Sin embargo, Truman hizo ese tipo de cosas.

Antes de ahondar en la anécdota principal de la novela —la locura de Escalante— queremos saber algo. Si Truman era rústico y malhablado, ¿cómo era Escalante?

Diógenes Escalante nació en 1879. Era tachirense, hijo de pequeños hacendados. La economía de la fa-

litar y dejar el liceo «Sagrado Corazón de Jesús».

Nuestro personaje tenía, en su momento, la visión de un hombre que nace en un pueblo del Táchira, trabaja en Caracas, vive en Liverpool y Hamburgo nueve años, que regresa a Caracas y funda un periódico, que se codea con los poderosos, que retorna a Europa, que estudia y se gradúa en Suiza, que pasa quince años en Londres como embajador, y que se desempeña como delegado permanente de Venezuela ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones. De hecho era muy amigo de Caracciolo Parra Pérez y César

«Normalmente las élites no quieren pagar la cuenta, y les resulta mucho más fácil echar las culpas en el saco sin fondo que llaman “pueblo”»

milia se había resentido como consecuencia de la caída del precio del café en los mercados internacionales. Escalante era un tipo extraordinariamente preparado. En 1905, a los veintiséis años de edad, tiene la suerte de ocupar su primer cargo diplomático como cónsul de Venezuela en Liverpool.

Escalante era, entonces, un hombre culto, un hombre preparado, con una historia de mucho trámite con los poderosos. Trató con Cipriano Castro, con Juan Vicente Gómez, con Eleazar López Contreras. De hecho, López Contreras y él eran del mismo pueblo, Queniquea, y fueron a la misma escuela y al mismo liceo; sólo que López Contreras escoge venirse con Castro como mi-

Zumeta, unos reconocidos expertos del mundo diplomático. Diógenes Escalante hablaba perfectamente inglés y francés.

Juan Vicente Gómez consideró a Diógenes Escalante para la Presidencia en 1931...

Escalante gozaba del reconocimiento general del mundo diplomático, no sólo venezolano sino extranjero. Incluso, llegó a desempeñarse como el decano del cuerpo diplomático en Londres y Washington. Se movía con desenvoltura en los ambientes de alta política, y tenía las virtudes para hacer un trabajo excepcional. En este sentido, se trataba de un diplomático fuera de serie.

En 1931, cuando Juan Bautista Pérez renuncia a la Presidencia, Diógenes Escalante tuvo la primera opción para sucederlo. Sin embargo, Juan Vicente Gómez cambió de opinión y se hace él mismo presidente. La segunda oportunidad en la que su nombre se consideró para la jefatura del Estado coincidió con la finalización del mandato del general Eleazar López Contreras; pero entonces los militares gomecistas se opusieron, porque si bien era del Táchira no era militar. En esa circunstancia histórica, para ser presidente de Venezuela había que cumplir con una doble condición: ser militar y ser tachirense.

En pocas palabras, un hombre brillante.

Sí, es verdad. Diógenes Escalante preparó el primer plan de gobierno que tuvo Venezuela, el Programa de Febrero, en 1936, puesto en práctica por el gobierno de López Contreras. Los primeros ensayos sobre la importancia del petróleo como fundamento de la política geoestratégica los escribió Escalante. Él aconsejaba a Gómez en materia de hidrocarburos. Era, sin duda, un estadista, un tipo muy útil, que siempre estaba dispuesto a servir a Venezuela.

Y por esta razón regresó a Venezuela en 1945.

En la Venezuela de 1945 ningún sector político podía imponerle una salida determinada al adversario. El país vivía una gran crisis. Isaías Medina Angarita no contaba con fuerzas

TIROS EN LA CARA: EL DELINCUENTE VIOLENTO DE ORIGEN POPULAR

ALEJANDRO MORENO, ALEXANDER CAMPOS, MIRLA PÉREZ Y WILLIAM RODRÍGUEZ

Ediciones  IESA

0212-555.44.60
libreria@iesa.edu.ve

El delincuente venezolano ha cambiado y las causas sociales que generan la violencia se han profundizado. *Tiros en la cara*, una obra del Centro de Investigaciones Populares, analiza con métodos novedosos (como entrevistas a los propios delincuentes) esta tragedia nacional y ahonda en el sistema de significados de la familia popular venezolana.



suficientes para resolver el conflicto originado por su sucesión. López Contreras, que aspiraba a volver, tampoco tenía fuerza para imponer su candidatura a los nuevos actores políticos como Acción Democrática y el Partido Comunista. Además, existía un factor desconocido por Medina: la joven oficialidad del Ejército.

Por eso, cuando se propuso el nombre de Diógenes Escalante como la salida, se produjo el consenso. Los últimos en adherirse fueron los adecos. Betancourt y Leoni viajaron a Washington para conversar con Escalante, y luego de esta conversación regresaron al país para oficializar su apoyo a la candidatura de unidad nacional.

¿La idea de la candidatura de consenso, en torno a Escalante, fue de Medina Angarita?

Sí. La idea fue de Medina Angarita, quien a comienzos de 1945 envió a su hermano, Julio, a Estados Unidos para que convenciera a Diógenes Escalante de ser presidente de la República. Y es que Escalante no tenía enemigos en el país. No había peleado con nadie. De hecho, estaba muy poco en Venezuela. Además, gozaba del reconocimiento general. No tenía objeciones por parte del gobierno de Estados Unidos ni de otro país que pudiese tener influencia aquí. No había otro. Tan no había otro que al volverse loco y desecharse su candidatura, ocurre el golpe de Estado del 18 de octubre.

¿Cuándo llegó a Venezuela?

El 7 de agosto de 1945. Lo recibió una gran cantidad de personas. Más de mil doscientos vehículos bajaron al aeropuerto a recibirlo. Se trataba nada menos que del salvador de la patria.

¿Y cuándo se manifestó por primera vez su demencia en Caracas?

El 3 de septiembre sufrió el ataque de locura que lo inhabilitó. Lo rápi-

do e inesperado del hecho despertó la desconfianza de los factores políticos. Los adecos creían que la enfermedad de Escalante era una manipulación de Medina Angarita. Debido a tales sospechas, se acordó nombrar una junta médica con re-

«A veces es la gente, que supuestamente será rescatada por el salvador, la que se vuelve loca»

presentantes de todos los factores políticos, a fin de determinar la salud mental de Escalante. El representante de AD fue el «sabio» Enrique Tejera. Llegado el día convenido, los especialistas examinan a Escalante en una quinta en Campo Alegre, en Caracas. Ramón J. Velásquez relata que tan sólo bastó que Tejera bajase y dijese a los presentes: «Señores, es un caso perdido», para que a los cinco minutos la casa se vaciase. Fue entonces, cuando a juicio de Ramón J. Velásquez, empezó la conspiración que se concretó el 18 de octubre.

Resulta fascinante la teatralidad de la escena. Parece un drama. Aquel hombre elegante, que se cambiaba de camisa entre dos y tres veces al día, culto y admirado, identificado por la élite política como la solución a todos los problemas de la República, como el salvador...

Y el salvador colapsa, y con él la posibilidad de salir de la crisis...

¿Pero éramos tan frágiles institucionalmente?

La demencia de Diógenes Escalante abre un debate histórico que parte de una sola y gran pregunta: ¿qué hubiese pasado en Venezuela si Diógenes Escalante no se hubiera vuelto loco? Mucha gente aún dice: «Este sería otro país». Especulan que con la inhabilitación de Escalante se hizo posible el golpe de Estado, y se le brindó a los adecos la

oportunidad de meter a Venezuela en un canal de donde jamás ha salido: la autopista del populismo.

¿Pero Diógenes Escalante en verdad hubiese liderado con éxito un proceso constituyente, de transición democrática, que recogiese las pe-

ticiones de los sectores modernizadores de la sociedad (elecciones de primer grado, voto directo y secreto, el voto de las mujeres)? En lo personal, creo que no. Por dos razones. La primera es que aquel país con instituciones entre inexistentes y débiles no lo hubiese hecho mejor que el país que en 1993 sacó a Carlos Andrés Pérez de la Presidencia. Y es que hay sin duda ciertos paralelismos históricos: la necesidad de buscar a alguien que todo el mundo quisiera y respetara —se escogió a Ramón J. Velásquez— para una tarea más sencilla, concluir el período presidencial. Recordemos los sobresaltos que se vivieron en aquella época, con una amenaza latente de golpe de Estado. Cuando Ramón J. Velásquez pronuncia el discurso de entrega del poder dice: «En mis manos no se perdió la República». Pero nunca estuvimos tan cerca de un golpe.

La segunda razón tiene que ver con el factor militar en 1945. Y en este punto, recuerdo una entrevista que le hizo Eleazar Díaz Rangel a Marcos Pérez Jiménez, a principios de los años sesenta, en la que le preguntaron qué hubiese pasado en Venezuela si Escalante no se hubiese vuelto loco. Pérez Jiménez respondió: «Nosotros hubiésemos dado el golpe de todas maneras».

¿Quién tiene en Venezuela la culpa histórica de nuestros fracasos?

Se trata de una inquietud permanente de las ciencias sociales. Por supuesto, muy apasionante. Abundan

los casos de actores políticos que justifican sus acciones por las exigencias específicas de las circunstancias históricas. Pero también existe la otra versión, según la cual Venezuela es un país subdesarrollado por culpa de la explotación permanente de Estados Unidos. A mí este argumento me ha parecido un refugio demasiado grande para la irresponsabilidad de nuestros gobernantes. Considero que en Venezuela no podemos dejar de poner el peso en la responsabilidad del individuo, porque siempre existió la decisión de alguien que dijo: «¡Vamos a hacer esto!».

¿Seguimos buscando salvadores?

Sí, claro. Siempre hemos buscado salvadores.

¿Siempre hay un Escalante en nuestro destino?

Así es. De hecho, creo que no me lo están preguntando, sino que me lo están afirmando.

No es una afirmación, sino una duda...

Pero sí, es verdad, nosotros estamos buscando siempre un salvador. Esta es una sociedad que tiene esa característica. Que dicho sea de paso, tú te pones a analizar la reciente elección presidencial en Estados Unidos, y también queda la sensación de que Barack Obama ha sido visto por sus electores como un salvador.

¿Pero el salvador sólo es buscado por el pueblo? ¿Las élites no necesitan héroes?

No cabe duda de que las élites también buscan sus héroes. De hecho, Hugo Chávez fue un salvador para el pueblo y para las élites.

Pero en la actualidad las élites no se cansan de recriminarle al pueblo que se equivocó de salvador.

Porque normalmente las élites no quieren pagar la cuenta, y les resulta mucho más fácil echar las culpas en el saco sin fondo que llaman «pueblo». Pero aquí en Venezuela no fue solamente el pueblo el que buscó un salvador con la elección de Hugo Chávez.

¿Todo salvador tiene derecho a volverse loco?

A veces es la gente, que supuestamente será rescatada por el salvador, la que se vuelve loca. Aunque sería interesante analizar qué ha pasado con los salvadores, por lo menos con los últimos que hemos tenido, que

entonces. En la actualidad nuestra institucionalidad es tan débil que no tenemos respuestas, por ejemplo, ante una hipotética súbita desaparición del presidente de la República. ¡Cuesta pensar que el vicepresidente de la República asuma con éxito las riendas del país! Estoy seguro de que más del 95 por ciento de los venezolanos no se hace a la idea de que los gobierne Ramón Carrizales. Y eso se explica porque en la mente del pueblo venezolano no existe la figura del vicepresidente de la República, aunque se trate de un cargo contemplado en la Constitución. En parte, es un problema de materiali-

«En Venezuela no podemos dejar de poner el peso en la responsabilidad del individuo, porque siempre existió la decisión de alguien que dijo: “¡Vamos a hacer esto!”»

han sido elegidos como salvadores. Carlos Andrés Pérez en 1988 llegó con todas las trazas del héroe anhelado. Fue visto como el gran salvador y eso explica la gran decepción inmediata. Carlos Andrés no se volvió loco; el que enloqueció fue el pueblo. Pérez planteó un gobierno muy racional desde el punto de vista de la macroeconomía.

Y el salvador más reciente, sin lugar a dudas, fue Hugo Chávez en 1998. Chávez fue un salvador y, además, vengador, porque la gente quería ser rescatada pero también ser vengada. Y parece que se tomó más en serio la segunda parte de la encomienda.

Comparada con la Venezuela de 1945, cuyo salvador se volvió loco, ¿la Venezuela de nuestros días tiene una mayor o una menor institucionalidad? ¿Somos más frágiles o más fuertes frente a las contingencias?

No sé si más, pero en la actualidad somos tan frágiles como en aquel

momento. Y también porque el venezolano tiene un problema de reconocimiento de la autoridad que es endémico.

¿Por qué nadie antes se había ocupado de hacer literatura con una anécdota tan fascinante como la demencia de Diógenes Escalante, si a primera vista es un episodio extremadamente revelador de la realidad histórica de nuestro país?

Todas nuestras llagas están expuestas en este asombroso episodio de la historia contemporánea. Literariamente, Diógenes Escalante es un personaje que enternece. Ramón J. Velásquez, en una memorable crónica, cuenta la salida del país del desventurado diplomático. En ese texto se narra cómo Escalante, al despedirse de su ex secretario, le dice resignado: «Adiós, Velásquez, todo llegó demasiado tarde». Una frase que me revela, como novelista, que él sabía de su demencia y trató siempre de luchar contra ella. ■